

NUÑEZ PERIODISTA

Por ALBERTO MIRAMON

Verdad aceptada por todos los que de alguna manera se han interesado por la figura contradictoria de Rafael Núñez, es la de que los aspectos o facetas de su protéica personalidad son generalmente opuestos o discutibles, ya se atiende a aquellos que emanan de su yo intelectual, ora se mire a los que ofrece su propia condición humana, quizás excesivamente humana.

Pero hay algo en el solitario del Cabrero que todos, tirios y troyanos, le tienen que reconocer, mal de su grado, como fundamental e incuestionable.

El hombre puede ser escarnecido o endiosado. El político, el filósofo y el poeta, discutidos o negados. El periodista que esencialmente fue el autor de *Ensayos de Crítica Social*, tiene que ser inevitablemente reconocido.

Pueden impugnarse las ideas de sus artículos, deben estudiarse sus páginas periódicas para rectificar muchos de sus conceptos y rechazarse algunas de sus teorías, pero ello mismo está diciendo que su autor fue un verdadero periodista. Y es que no en vano ese hombre inconstante o ciclotímico, dedicó a tan noble actividad lo más y lo mejor de su vida.

A la edad de veintitrés años, en 1848, inició sus campañas fundando en su ciudad natal el periódico "La Democracia" y ya no dio jamás descanso a la pluma hasta que cincuenta años más tarde, viejo y triste, rindió el postrer aliento, cabe ese mar Caribe que arrulló su cuna.

El señor Merchán en el prólogo a *La Reforma Política*, trazó la silueta de este periodista al decir que Núñez, como Hamilton, el gran editorialista del "Daily Advertiser", había rehecho un mismo artículo todos los días.

Hasta el advenimiento de Rafael Núñez al diarismo, el periódico era entre nosotros una cosa eventual. El periodismo antiguo tenía como

fin exclusivo la propaganda de determinados asuntos o de tal hombre ilustre; plantábase para fines políticos conocidos o por circunstancias electorales. Dos modestas hojas generalmente románticas, aunque no siempre generosas, era toda su extensión. Desgraciadamente, por tal estado de cosas era el periódico algo eventual y no tenía larga existencia. Heraldito de un caudillo, callaba tan pronto las puertas de la fortaleza del poder se franqueaba a su señor.

Los escritores de periódicos no tenían la fibrosa concisión de estilo que es hoy mérito esencial del buen periodista: eran más bien, observa Camacho Carrizosa, ensayistas de algún brillo en los que solamente los ajetreos del momento político y la pugna de los partidos, tenía grave resonancia.

También hubo ocasiones en que la prensa se trocó en máquina de guerra contra hombres o partidos, y épocas en que la audacia de un editorial se pagó con la cárcel y el destierro o con la pérdida del periódico destruido por la furia inconsciente de las multitudes dirigidas desde la penumbra por ruines caudillos; pero a pesar de todo, el periodista no dejó de ser algo tan respetable que bien puede decirse que la madurez era el respaldo y la credencial para lograr su investidura después del talento. Núñez rompió desde temprano con esta tradición de pudibundez y dio estabilidad a la prensa, elevándola a la categoría de fuerza viva.

Desde la creación del antiguo Estado de Bolívar, hasta nuestros días, Rafael Núñez polariza toda la historia del periodismo en esa vasta e importante región del país que la sabiduría administrativa del presidente Reyes convirtió en dos departamentos.

Antes del editorialista de "El Porvenir", sólo García del Río llenaba los fastos de la prensa. Ensayista notable, político infortunado, panfletario agilísimo, su renombre se extiende por toda América. Sus artículos en defensa de la dictadura boliviana y pugnando por la monarquía, como la mejor solución para el problema de nuestro régimen gubernamental, son más sugestivos y mejor hechos que los de aquel otro periodista de la dictadura que se llamó Antonio Locadio Guzmán.

Las empresas periodísticas de García del Río en Chile y México, y sus vastas campañas políticas a través de la prensa de todo el continente, esperan aún el biógrafo comprensivo que haga su relato pormenorizado y ameno.

Paréceme que en ciertos aspectos el inquietante García del Río se asemeja a otro de sus contemporáneos, tanto por la gracia del estilo

cuanto por lo febril de la vida: Antonio José Irisarri; Como García del Río fue un buen escritor y un trashumante. Pero el hijo de Cartagena superaba, en nobleza de espíritu y en contextura moral al asalariado autor de la pseudo-historia sobre la muerte de Sucre.

¿Qué estudio tan interesante el que se podría emprender para discriminar la importancia y el valor que las letras de molde han tenido en la transformación y el desarrollo de nuestra nacionalidad. Desde las hojas clandestinas de fines del siglo XVIII "La Bagatela" de Nariño y las revistas literario-científicas de Caldas, hasta los periódicos de la Gran Colombia. Husmear en los párrafos inflamados del "Neogranadino", "El Misóforo", "La Caridad" o "El Tradicionista" para buscar después solaz y calma en "El Mosaico".

Ver finalmente la evolución y el afinamiento de las pasiones políticas en nuestros hombres y en nuestros pueblos por la gran distancia que va desde "La Nación", al "Repertorio Colombiano", de éste al "Porvenir" y de todos los nombrados a nuestros grandes rotativos de hoy.

Las ideas son, en los artículos periodísticos de Núñez, menos personalistas que en las de la generalidad de los periodistas de su época. Cuando aboca un suceso, un hecho determinado, una personalidad del momento, no lo hace como Caro, Samper o Pérez, sus grandes contemporáneos, para trocar las letras de molde en metralla, sino para discurrir elevadamente. De ahí que muchos de sus escritos impresionaran por la novedad e hicieran meditar algunas veces por lo profundo.

Aunque era un escritor que continuamente maltrataba la gramática y tenía por la sintaxis un descuido tal que le hacía caer en faltas verdaderamente infantiles, aunque su vocabulario no fue rico y estaba en gran parte tiznado de galicismos, tuvo en ocasiones párrafos de alta elocuencia y sentencias admirables a las que, tanto como su acción política profunda, debe la resonancia que acompaña a su nombre. He aquí algunas entresacadas al azar:

"La justicia es virtud sobremanera difícil; y de ella conscientemente se apartan los egoístas, como se apartan también los generosos".

Fue pública voz y fama su alejamiento obligado del poder, su despreocupación por los intereses de la colectividad impuesta, al decir de muchos por el orgullo de un partido victorioso; sin embargo, próximo a morir escribía párrafos como éste, que bien podrían tenerse por advertencias y enseñanza para los próximos y remotos administradores de la cosa pública:

"A la torpeza de las capas inferiores hay que oponer principalmente la caridad de los que están en la cúspide. La caridad amplia, grandiosa que no sólo conforta sino que ilumina. No la simple limosna ocasional, ni el favor intermitente matizado de soberbia, sino la avasalladora, la irresistible, la religiosa caridad del ejemplo".

Varón de altibajos, político que conoció todos los secretos, las grandezas y las miserias de los partidos, militantes de todos los bandos, así los triunfadores como los vencidos, su experiencia yace olvidada en sus numerosos escritos. Liberales y conservadores hemos tenido la torpeza de llevar nuestros prejuicios banderizos al estudio de este hombre y, parapetados tras él, no hemos hecho otra cosa que proseguir nuestras pugnas seculares, sin entrarnos en los problemas que su nombre sugiere.

De cuánta utilidad y conveniencia cuánta hubiera sido tener presente siempre, al iniciar tanta guerra verbal como sobre él se ha venido promoviendo desde hace 50 años, en diarios y revistas, aquella su advertencia admirable que dice:

"El periodismo que insulta vale mucho menos que la hoja de papel de que se sirve".

La última aguda reflexión parece recoger y condensar todo el fruto de su larga experiencia de escritor político. Lástima grande que tantas veces le hayan algunos dejado caer en lamentable olvido...

ALBERTO MIRAMON